

Tolstoy cree que los que enunciamos verdad tan sencilla carecemos de sinceridad, de buena fe, y nos dedicamos á engañar á nuestros contemporáneos. Con nadie se muestra tan enojado Tolstoy como con los publicistas ilustrados é instruidos, predicadores modernos que no sienten lo que dicen, y sostienen, no la sublimidad, sino la mera y triste necesidad de la guerra. Yo la considero un fenómeno, no digamos bienhechor ni deseable, pero natural, y por consiguiente fatal. La sociedad puede adelantar en infinitos respectos, mejorar su estado, perfeccionar su funcionamiento; lo que no puede es cambiar la íntima naturaleza humana, y mientras no la cambie, guerras habrá. Acaso, por medios que actualmente no nos es dado prever, se modifique profundamente la forma de la guerra. Figurémonos, por ejemplo, que se realizan los vaticinios de Edison y que se descubren ó inventan los aeroplanos dirigibles á voluntad. ¿Quién no ve en este descubrimiento la transformación de la guerra y de otras muchas cosas? Todo ello son hipótesis, fantasías del porvenir; lo que persiste y persistirá es la urgente y no interrumpida obligación de defenderse, de una ó de otra manera, con los medios que permita el nivel actual de los conocimientos. Tolstoy, como buen discípulo de Rousseau, quisiera hacer tabla rasa de la civilización, sin refinamientos y exigencias, y volvernos al período en que la humanidad triscaba por los oteros y dormía bajo la bóveda celeste tachonada de diamantes. No hay más que una objeción, y es que ese tiempo es el de la guerra, no como caso anormal, sino como estado persistente y constante. Cuando más nos volvemos al pasado, más estridente suena el clamor y el alarido de batallas y carnicerías. Es que el hombre, de suyo, no es un cordero. ¡Qué ha de ser cordero! Lobo y muy lobo, y el propio ilustre novelista, con su perspicacia de gran psicólogo, lo hace notar, sin darse cuenta de ello, obligado por su lucidez, que pugna con sus candorosas teorías. No en balde otro insigne utopista, Víctor Hugo, cantó en magníficos versos:

«Toute fleur est d'abord fumier, et la nature commence par manger sa propre pourriture: la raison n'a raison qu'après avoir eu tort... l'esclavage est un pas sur l'anthropophagie, la guillotiné, affreuse et de meurtres rouges, est un pas sur le croc, le pal et le bûcher; la guerre est un berger tout autant qu'un boucher... O genre humain, malgré tant d'âges révolus, ta vieille loi de haine est toujours la plus forte; le jour fuit, la paix saigne et l'amour est proscrit, et l'on n'a pas encore déclamé Jésus-Christ! (1)

Si; la guerra es pastor, más que verdugo, cuando sirve para atajar matanzas y escenas de barbarie como aquellas de que acaba de ser testigo Casablanca. De esas escenas presenciáramos y padeceríamos no pocas en pueblos y países que no son sarracenos, á no existir una fuerza organizada que las evita. Sordo será quien no oiga el rugir de las malas pasiones y los apetitos que estallarían, que nos tragarían, si pudiesen... Y el propio Tolstoy, en un arranque de sinceridad, declara: «Los gobiernos no ignoran las dificultades que ofrece el reclutamiento de las tropas; así, pues, si las organizan y mantienen sobre las armas, á costa de temibles esfuerzos, es que evidentemente no pueden obrar de otro modo...» Y con este rayo de buen sentido, que se abre camino entre un nublado de ensueños, cierro el párrafo de la actualidad africana...

Volviendo al concurso hípico, seguramente los que en él toman parte experimentan esa peculiar sensación que caracteriza las pesadillas, y es la de la acción que no termina, del obstáculo que se reproduce una vez salvado. En las pesadillas subimos una cuesta, y al llegar á la cima se nos presenta otra cuesta más empinada y angustiosa, y al fin de aquella surge un muro vertical. En las pesadillas, intentamos despojarnos de una prenda de ropa, y debajo del abrigo que nos hemos quitado hay otro abrigo más ceñido y angosto, que sofoca doblemente, y cuyas mangas no hay medio de soltar, y luego un colete férreo, y una elástica gorda, y un corpiño duro, y trapos, y trapos, y telas, y telas, que renacen y se sobreponen como las películas de la cebolla. Otras veces nos encontramos en un pasillo, y nos lanzamos por él, creyendo que tendrá término, y no lo tiene: hace mil rodeos, da más vueltas que intestino de rumiante, se hunde en lo infinito de la sombra, y andamos, andamos, y

(1) «Toda flor comienza por ser estiércol; la naturaleza principia sustentándose de su propia podredumbre; la razón acierta equivocándose; la esclavitud es un paso sobre la antropofagia; la atroz guillotina, roja de degüellos, vale más que el palo, el garfio y la hoguera; la guerra es tan pastor como verdugo... ¡Oh género humano, á pesar de tantos siglos transcurridos, prevalece tu vieja ley de odio; el día se extingue, la paz sangra, proscrito está el amor, y Cristo no ha sido desenclavado todavía!»

cuanto más andamos más se estira el fantástico pasadizo... Un monstruo nos persigue: emprendemos desesperada fuga: á nuestras espaldas oímos sus baladros; nos calienta la nuca su hálito de pestífero fuego... El terror nos da alas, y sin saber cómo trepamos á un árbol altísimo, ó nos reclusmos en una fortaleza inaccesible; pero sin permitirnos tiempo de saborear la alegría de la salvación, el monstruo se descuelga allí, cayendo de las nubes, á nuestro lado, abriendo su boca sangrienta y enseñándonos doble hilera de tiburonescos dientes...

Tal debe de parecerles á los atrevidos jinetes la hazaña que realizan. Primero saltan un regular montoncillo de tierra; á renglón seguido, una ría; luego, un alto seto de ramaje; detrás, una valla blanca, de maderos, que se repite de cinco en cinco metros, cortando la acción al salto, fácil únicamente cuando se puede tomar amplia distancia. Otro seto de ramaje, más tupido y alto, aparece, y en pos de él, la banqueta.

La banqueta es cosa imponente. Desde lejos ofrece el aspecto de un colosal pan de molde, de los que en Madrid se cuecen con objeto de cortarlos en finas lonchas de compacta miga y hacer *sandwichs*. La forma es la misma, el color del barro ó arcilla el mismo; y pensamos vagamente en la cantidad de emparedados de *foie gras* y jamón que de allí podría sacarse para un *five o'clock tea* de Gargantúa.—Nos distrae de nuestro cálculo la primer y vana tentativa del jinete para ascender por la banqueta... El caballo, espantado de la pared casi perpendicular, retrocede temblando. Le clavan las espuelas y se precipita ciego. Ya está en la cima. ¿Al menos allí encontrará terreno firme un segundo? No: en el centro de la meseta hay un foso; desde lejos parece entalladura de cuchillo que alzó un *sandwich* para golosa prueba... De cerca será profundo. El caballo, estremecido, lo salta, y se encuentra al borde de otro precipicio, que es preciso bajar, como se baja por una muralla: es el lado opuesto del gigantesco pan. Y empieza una lid entre el hombre y el bruto, que no es tan bruto, porque siente el horrible peligro y se resiste, y brega, y se cuaja de susto. Las espuelas desgarran su costado, el látigo restalla sobre su hermosa piel lustrada y reluciente al sol: el caballo no se mueve. Sus patas parecen haber arraigado en el suelo arcilloso de la meseta. El jinete hace movimientos de rabia y de enojo. Su amor propio está interesado en bajar, aun cuando al pie del obstáculo estuviese la muerte esperándolo. Su juventud no se acuerda del riesgo: dos ó tres mil ojos le miran; está colocado de manera que no pierden los espectadores ni el más insignificante de sus actos y gestos: la púrpura de la cólera, la palidez del temor, no pueden esconderse bajo la implacable luz que cae del cielo azul sobre el cual, á manera de estatua ecuestre, se destaca su figura... Aprieta el castigo, reitera los latigazos, una mancha roja brilla en los ijares de la rebelde montura... Y al fin, el caballo se decide. Se diría que más que la fuerza, le sugiere algo *moral*, el deseo del jinete, su alma en aquel momento furiosa de ansia de vencer. Avanza, adelanta las patas, que hacen despeñarse una cascada de arcilla, ensaya, y al fin se deja ir, como el que se entrega á la casualidad, y rueda hasta el pie de la banqueta, donde dobla el cuarto trasero. Parece que va á dar la fatal vuelta, y que el jinete caerá de cabeza también, desnucándose. Un murmurio de alarma recorre las filas de los espectadores, pendientes del trance. Y en el mismo momento estalla el aplauso: el caballo se ha enderezado, el jinete no ha perdido la silla, y vuelan ya á vencer los últimos obstáculos, porque, como en las pesadillas, quedan todavía saltos, después del desplome prodigioso...

El peligro desafiado, la dificultad vencida, son sin género de duda cosas bellas. ¿Para qué sirve todo esto?, oía yo preguntar á mi alrededor. En primer lugar, para algo debe de servir. Contribuirá á desarrollar la maestría profesional de los oficiales de los cuerpos montados. Y si de nada sirviese, serviría de bastante con ser bello. Es preciso que la gente se persuada de la necesidad de lo hermoso á secas.

De todos los sistemas filosófico-morales, el que menos me atrae es el utilitarismo, pues aunque Stuart Mill asegura que no es incompatible con la belleza, el arte y el goce, el sentido general, pervertido si se quiere, ha creado una antitesis entre estos dos conceptos; y con la cuestión de cuál es la utilidad de esto ó de aquello, se prepara el terreno á la proscripción de las superfluidades necesarias al espíritu. Un mueble *útil* es un asiento sobre cuatro patas; un cuadro *útil* contiene un mapa; una flor *útil* se alía y se come con aceite y vinagre; un caballo *útil* tira de un coche ó de una trilladora... El peligro es una cosa frecuentemente inútil, y siempre sugestiva.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los concursos hípicos van siendo una especie de anillo de la muerte: la concurrencia está todo el tiempo con el corazón en un puño. Sin embargo, quitadle á ese espectáculo el riesgo, y le habréis quitado la sal toda. Porque si no hay un poco de palpitación de corazón, ¿qué hay, vamos á ver, en ese desfile raudo de oficiales á quienes el uniforme hace parecer idénticos á distancia, rigiendo monturas que sólo se diferencian en el pelaje? La emoción consiste en temer que jinete y montura caigan de cuatro metros de alto y haya que exhalar el ¡ah! doloroso de la compasión. De modo que los concursos hípicos forman parte de la serie de *placeres crueles*, aunque no los incluya Tolstoy en su inventario, donde figuran «los comedores de carne, la guerra, la caza.» Verdad es que bajo la rúbrica de *guerra* cabe incluir los concursos hípicos, que revisten carácter de deporte militar.

Contra la guerra dice Tolstoy muy buenas cosas, que, sin embargo, no me persuaden. No porque no me sonría, como á todo el que no tenga malas entrañas le sonreirá, ese dulce cuadro de la humanidad abrazándose y dirimiendo sus querellas por el sistema tolstoyano, según el cual, ahora, verbigracia, los moritos ofrecerían á los franceses, en vez de balas, cuzcuz y dátiles, y los franceses á ellos pistochos, fondanes y pastillas; sólo que no me convenzo de que ni ahora, ni acaso nunca, la humanidad llegue á tan idílico estado. Acaso esto dependa de mi concepto de la humanidad. El pueblo ó el individuo inerme, confiado é incauto, que no sabe desconfiar ni resistir, debe temerle todo de sus semejantes, sin que valga á evitar el daño ningún generoso sentimiento. Pese al señor conde de Komarowsky, que también piensa como Tolstoy, la verdadera paz basada en la confianza mutua no llegará jamás á establecerse entre naciones que tengan ni un adarme de encontrados intereses. El error de Tolstoy es creer que las guerras nacen de que «un enloquecido jefe de Estado diga una estupidez cualquiera y otro le conteste con otra ganada...» Ni aun en los tiempos de Homero ha ocurrido semejante cosa. Sin que medien serias y positivas razones económicas no se declara hoy guerra alguna. Podrán equivocarse los que las declaran, ser inoportunos, calcular mal la hora ó las fuerzas, pero no obedecen al impulso caprichoso, sin base, que Tolstoy supone gratuitamente, arraistrado por la demostración de su tesis. Si la ocasión de las guerras es á veces un incidente nimio (nimio con relación á los resultados que acarrea), el motivo jamás es caso fortuito y del momento. En esto de la guerra, más que en nada, las cosas se caen del lado á que se inclinan. Hecha la intención, depositado el sedimento, pretextos nunca faltarán.